

AGOSTO, de Tracy Letts

ACTO SEGUNDO

Karen.- Ahora solo me preocupa el presente. Hoy, aquí y ahora. Me pasé la mayor parte de mi juventud pensando en el porvenir, ya sabes, ay, con quién me voy a casar, tal vez un abogado, tal vez un futbolista, será moreno, será guapo y ancho de espaldas. Me encerraba en la habitación de arriba. La almohada era mi marido y yo le preguntaba por la oficina, ¿qué tal el día?, y luego por la cena, ¿te ha gustado?, y por las vacaciones, ¿dónde piensas llevarme este invierno? Y él me sorprendía con unos billetes de avión para ir a Belice y nos besábamos... Quiero decir que besaba a la almohada, sí, me lo hacía con la almohada, y luego confesaba que había ido al médico y que estaba embarazada. Así contado suena patético, ya lo sé. Pero todo era muy inocente... Luego la vida real va por otro camino, se hace con el mando, siempre lo hace. Y las cosas nunca son como tú las habías imaginado. Esa almohada fue mi mejor marido. Ningún hombre real ha estado a la altura de mis expectativas. Todos eran mucho menos interesantes que papá o Bill. Ya sabes que siempre te he envidiado. Yo no conseguí encontrar a nadie como Bill. Muchas veces me he acusado a mí misma: “La culpa es tuya. Eres incapaz de conseguir nada que merezca la pena. Te has engañado a ti misma pensando que eres mejor de lo que eres”. Amaba a Andrew con todas mis fuerzas. Cada vez que salía algo mal, me sentía responsable. Es culpa mía, debo cambiar de actitud. Si me engañaba o me llamaba hija de puta, no me atrevía a protestar. No, tú lo quieres, lo quieres para siempre, ahora mismo vas a pedir perdón y cambiar tu forma de ser. Hasta que un buen día me miré al espejo y me dije: “Ya está bien, imbécil”, y lo dejé. Pero no te creas que fue fácil. Empecé a dudar, a avergonzarme de mis propios recuerdos, a sentirme otra vez culpable. Que si he metido otra vez la pata, que si dónde me equivoqué. Acabé muerta, incapaz de hacer nada. No puedes avanzar porque no puedes dejar de recordar. Y estuve años así, muerta, quiero decir, bueno, ya sabes... Años castigándome, odiándome a mí misma. Y entonces fue cuando empecé a leer todos esos libros y quise asistir a todos esos coloquios... Y así es como me metí en la ciencia ficción. Sí, eso es. Y al final olvidé todas las culpas, me liberé de todo. Simplemente me dije: “No, yo soy lo primero. Solo yo, aquí y ahora, con mi música y mi copa de vino y mi gato *Bloomers*, y no necesito nada más, puedo vivir sola mi vida”. Y conseguí la licencia, me dediqué por entero a mi trabajo, vendí más casas que nadie, y entonces conocí a Steve. Ocurre así con los hombres, tan solo encuentras algo interesante cuando no lo buscas. Te das la vuelta de repente y está ahí. Claro que no tiene nada que ver con lo que una soñaba, las exigencias pierden importancia... Quiero decir que cuando me lo montaba con la almohada, nunca imaginé que sería un Steve. Pero aquí está, ya sabes, un tipo que pertenece al club de campo y a la cámara de comercio, diez años mayor que yo, y muy bien aprovechados, alguien que ha visto mucho mundo. Además es un buen hombre. Bueno conmigo y bueno para mí. Le salen bien los negocios, y es porque tiene ideas muy buenas, y no le asusta ponerlas en marcha. Ya sabes, no le da miedo hacer cosas. Creo que a los hombres se les da mejor que a las mujeres lo de hacer cosas, ¿no crees? Hacer, lanzarse y hacer, bien o mal, ya veremos luego lo que ocurre. Y lo más importante para mí es que gracias a él ahora solo pienso en el presente. Vivo el presente. Mi preocupación, mi vida, mi mundo, es el presente. Me importa un carajo el pasado, los errores que cometí, la forma en la que pensaba. No pienso caer otra vez en esa trampa. Y me he dado cuenta de que una no puede planificar el futuro. En cuanto lo haces, pasa algo, sabes, algo terrible...Ocurre siempre algo inesperado. No hay remedio. Por eso hay que aceptar las cosas tal y como vienen, aquí y ahora.